orejas de perro y representando la batalla a Itzcohuatl, no quiso salir a la guerra contra él y enviando a desafiar a los mexicanos, dijo que no quería acometerles sin prevención, porque los tenía en posesión de aquellas cosas que en su rodela y celada traía retratadas. No hicieron caso de estas palabras los mexicanos, porque no les convenía tenerlos entonces por enemigos, y disimulando su afrenta se dieron por desentendidos (que es muy de cuerdos cuando más no pueden, hacer del ladrón fiel y disimular con discreción, lo que no pueden castigar con cordura). Salieron muchos señores de los mexicanos a hacer las paces y con palabras humildes aplacaron al rey y los confederaron a entrambos y quedaron desde entonces muy confirmadas las paces y se hicieron en esta ciudad muy grandes fiestas por esta nueva liga que se hizo. Esta igualdad de señoríos confiesa el padre fray Toribio Motolinia por estas palabras: el señorío de Tetzcuco era igual al de Mexico y llegaba hasta la Mar de el Norte, donde tenía muchos pueblos y provincias que le tributaban y eran sujetas a Tetzcuco cuando los españoles entraron en esta tierra; y es así, que yo tengo en mi poder pinturas antiguas de aquel reino y en ellas señaladas quince provincias muy grandes, que cada una es un muy extendido reino y en cada provincia de éstas muchas ciudades, villas y aldeas; y si cuando entraron los españoles en la tierra hallaron que Motecuhzuma era gran señor, no al menos que lo era de toda la Nueva España, sino que como entraron por tierras conquistadas de Motecuhzuma, y ellos no reconocían otro señor, dijeron que todos eran sus vasallos; siendo la verdad que Tetzcuco tenía su señorío como Mexico, y que no había desigualdad en entrambos; esto digo porque no disuene cuando se oiga algo acerca de esto.

CAPÍTULO LVIII. *Que prosigue el reinado de Axayacatl de Mexico, y de la guerra que tuvo con los tlatelulcas, donde fue muerto su rey Moquihuix, y sujetó su reino al mexicano*

EN EL PRIMER AÑO DE LA ELECCIÓN del rey Axayacatl, sexto rey de Mexico, dice que temblaron tres cerros altos en la provincia de Xuchitepec (que es en la costa de Anahuac), pronosticando aquel inusitado temblor y movimiento a los naturales de aquella tierra la sujeción en que Axayacatl los había de poner. Comenzó luego (siguiendo los hechos de su antecesor) a colar tierra por tener ya sujetas las comarcanas, y metiéndose por Anahuac venció a los cuetlachtecas y pasó a los xuchitepecas y también los venció y captivó (como tres años antes sus bailadores cerros se lo habían pronosticado), que fue el año primero de la elección de este rey (como ya hemos dicho). Vino con aquella victoria, y haciendo una grande fiesta a su celebrado dios Huitzilopuchtli, le ofreció muchos esclavos en sacrificio, en el momoztli o templo de Tlatelulco.

Tenía este rey casada una hermana con el señor de aquella parte (como dejamos dicho) el cual, como fuese soberbio y algo suelto en la vida y des-

honesto, sentíalo mucho la mujer y con el dolor de los celos fuese con la queja a su hermano. El rey Axayacatl le habló algunas veces rogándole que tratase bien a su hermana, la cual Moquihuix aborrecía, o ya por haberle causado enfado su comunicación (como a muchos casados acontece) o ya por no poder sufrir los celos que de ordinario le pedía. Ayudaba a esta mala voluntad que a su mujer tenía, la que tenía también a su hermano Axayacatl, por verle mayor señor y de mayor reino que él, y deseaba tener ocasión de venir con él a las manos para ver si le podía quitar el reino y hacerse señor de él. Para esto hizo llamar a consejo a todos los más valerosos capitanes y soldados de experiencia, para tratarles su intento y pedir parecer acerca del medio que tomaría para efectuar su voluntad. Ellos le dijeron, que para acometer tan singular empresa era necesario que fuese con mucho secreto y que se aliase con los más pueblos que pudiese y que de esta manera le podría acometer de improviso y descuidadamente. Parecióle bien el consejo y púsolo en ejecución.

La señora mexicana, aunque era su mujer y tenía cuatro hijos de él, como estaba sentida del mal trato que con ella tenía, tiróle más la patria y sangre de hermano que la que en sus entrañas había concebido de Moquihuix; y sabiendo lo que se trataba entre los tlatelulcas avisólo a su hermano. Con este aviso comenzó Axayacatl a vivir con cuidado y prevención; y Moquihuix, pensando que su hecho estaba muy secreto, envió a muchos señores y reyes (que le pareció que le ayudarían contra el mexicano) a pedirles favor. Quísose aliar con los de Tlacupa y Tetzcuco, los cuales no le acudieron; pero otros aceptaron su embajada y le dieron palabra de ayudarle, que fueron los de los pueblos de Chalco, Xilotepec, Tultitlan, Tenayucan, Mexicatzinco, Huitzilopuchco, Xuchimilco, Cuitlahuac y Mizquic, los cuales le enviaron a decir que ellos lo tomaban a su cargo y que cuando comenzase la guerra saldrían al través, a cogerles las espaldas y que de esta manera le prometían su ayuda. Mas los de Quauchpanco, Metlatzinco y Huexotzinco, que eran enemigos de los mexicanos, luego enviaron palabra de venir en su ayuda al mismo pueblo. También fueron convidados los de Colhuacan, a todos los cuales envió Moquihuix muchos y muy ricos y preciados presentes de rodelas y otras armas muy bien labradas. Llegó la pasión de Moquihuix a término que obligó a su mujer a que se le fuese de casa y se entrase por las puertas de las de su hermano el rey con sus cuatro hijos, de que los tlatelulcas se mostraron en grande manera agraviados, y con el pesar de este hecho ya no se trataban con los mexicanos con el amor que solía; antes cuando los encontraban en partes que a su salvo pudiesen, los trataban muy mal y los mataban si podían; y de palabra se injuriaban unos a otros, en especial las mujeres, cuya lengua es más feroz y cruel, cuando la pasión y ira la gobierna y rige. Y esto encendía más el fuego de la una y otra parte y se apercibían a mayor y más rigurosa venganza.

Hecha ya (pues) esta prevención por el rey, y requeridos los aliados, volvió otra vez el rey a juntar sus consejeros y mayores de su pueblo, en los cuales tenía puesta la fuerza de su confianza, y renovándoles la memoria del caso, les dijo que aunque su ánimo y valor le aseguraban de que po-

niendo mano en la guerra, saldrían con ella; con todo recelaba no acobardasen algunos, viendo que se hacía contra su propia sangre. Entonces se levantó un anciano sacerdote, llamado Poyahuitl, y en nombre de todos dijo que acudirían a darle su ayuda como a señor, y que morirían en ella sin mostrar pelo de cobardía; y que para mayor firmeza de lo prometido serían los primeros que acometerían al enemigo; y que para ver el fin que esta guerra podía tener, quería hacer las ceremonias que en tales actos se acostumbraban y tomar un brebaje que solían entonces. Moquihuix agradeció su buena determinación y ofrecimiento, y mandó que se lavase la piedra donde se hacían los sacrificios y que de las lavazas que corriesen se ordenase el bebedizo de aquel agüero (porque con ella se hacía y conficionaba). Hecha la bebida fuese repartiendo por orden por todos los capitanes y soldados, comenzando desde el mismo rey; y dicen que después de haber bebido este diabólico brebaje se encendieron tanto en coraje y ánimo que desde entonces les parecía ya largo el tiempo que corría sin poner en ejecución lo determinado. Este hecho fue luego sabido por Axayacatl, porque de los mismos que a él asistieron hubo quien se lo dijo y cómo habían jurado de asolar a los mexicanos y raer de la memoria el nombre de los tenuchcas, que tanto hasta entonces se gloriaban de invencibles mexicanos. Esto no supo Moquihuix; y creyendo que el caso estaba muy secreto, llevó a todos los más que pudo de los suyos a un cerrillo que está junto de Nuestra Señora de Guadalupe, llamado Zacahuitzyo (fingiendo ir a otra cosa) y hizo un solemne sacrificio y ratificó en él los corazones de sus capitanes y muchos de sus aliados y confederados y determinaron el tiempo y nombraron el día que había de ser a los ochenta venideros. Determinóse también que se pasasen los días aciagos intermedios, porque sin azar ninguno se consiguiese la victoria.

Esto quedó en este punto y las cosas se fueron disponiendo y a los diez días del mes Tecuilhuitl (que era el postrero del año de los mexicanos) fueron muertos los cautivos que representaban la figura de los dioses Chanticon y Cohuaxolotl y les ayunaron su celebración y muerte y cantaron sus funestos cantos. Apercibió a los aliados y envióles a decir que él quería hacer el primer acometimiento y que después acudiesen ellos y que todos juntos arremeterían y les sería fácil asaltar la ciudad y vencer sus moradores. El gobernador u cacique de Culhuacan (que era hombre poderoso y de mucha gente) le dijo que no se moviese de su casa, sino que estuviese apercibido con su gente y que él con la suya acometería a los mexicanos y que luego haría demostración de que huía para que los siguiesen y que cuando estuviesen fuera él saliese con los suyos, tomándoles las espaldas y que puestos enmedio darían fin de ellos. Este consejo no debió de parecerle bien a Moquihuix; y aunque lo oyó, no lo puso en ejecución (que si lo hiciera no parece malo sino muy bueno). Con esto se despidieron y todos los de la laguna, que ayudaban a Moquihuix, se pusieron en arma para hacer lo concertado. Hizo llamar un día antes de darla a la nobleza de su pueblo y dioles armas a todos muy galanas y a otros señores convecinos que ya habían entrado de secreto en la ciudad, estando otros muchos a

la mira para ayudarles cuando los viesen envueltos con los enemigos. Hecho esto se fueron al templo de Huitzilopuchtli y volvieron a hacer la ceremonia idolátrica del itzpactli (que es la bebida pasada conficionada con muchas diabólicas ceremonias) y hecha una muy profunda humillación al ídolo le pidieron favor contra sus enemigos y pasaron por delante de él en grande orden y concierto (como los nuestros suelen hacer su alarde); salieron del templo, ya muy tarde, a tiempo que la gente del mercado era mucha (porque como ya hemos dicho, el de Tlatelulco era el general de esta ciudad). Aquí hicieron una entrada los mexicanos este día y mataron algunos forasteros, escapándoseles muchos por los pies. A este alboroto acudieron los tlatelulcas y comenzaron a herir en ellos hasta que los retiraron a su pueblo, y en la refriega quedaron muertas muchas mujeres, que como más atrevidas debían de hablar con la libertad que suelen, y de los hombres cautivaron los que pudieron y los llevaron al templo de Tlillan a sacrificar al demonio cuyo era.

Dicen de este mal rey que era tan vicioso que este día (con los otros antes) se entraba en los recogimientos de las mujeres y que a las que mejor le parecían, de las que servían de tejer los ornamentos y vestiduras de la diosa Chanticon, las violaba, con que causó grandísimo escándalo en la república. Y no contento este hombre bestial de cometer este escandaloso pecado hizo también traición a muchos de sus mayordomos y capitanes, de que todos estaban muy sentidos y aun con ánimo más de matarle que de matar a su enemigo; y esto tuvieron los tlatelulcas por muy grande azar y sin haber peleado ya se tenían por vencidos. Pero Moquihuix, que nada de esto le acobardaba, hizo poner su gente en orden para dar la batalla, y comenzóla no guardando el orden dado, pareciéndole que solo bastaba para cantar la victoria.

Había ordenado a esta sazón el mexicano una gran fiesta y venían gentes suyas y otras del reino de Tetzcuco con muchas cosas de aderezo para su celebración, y llegando aquí los mataron los tlatelulcas. Ya a estas horas se iba poniendo el sol y al mismo punto salieron cuatro mujeres hechiceras y brujas, vestidas muy galanamente, las cuales se llamaban cihuatehuitl, con unas escobas de popote, que son troncos de yerba muy delgados y iban bailando con ellas. Estas pajas todas habían pasado por la lengua estas mujeres y sacádose sangre con ellas a manera de penitencia que habían hecho en el templo de su dios Huitzilopuchtli y en el de Tlillan, y pasando por las puertas de los mexicanos quemaron sus escobas, como significando en esto que así habían de ser quemados otro día. Salieron con éstas otras cuatro mujeres (de las que solía haber de amores), y iban dando voces y diciendo: mexicanos, ahora no ha de quedar cosa de vosotros, porque nuestro rey Moquihuix os ha de asolar y acabar a todos, y esto ha de ser antes que comamos, y a pura navaja y pedernal os hemos de cortar los cuerpos en muy menudas tajadas. A lo cual los mexicanos callaban, porque aunque eran animosos no sabían esto que pasaba, ni el fin de este suceso. Comenzáronse a inquietar los tlatelulcas esta noche y luego al amanecer empezaron a escaramuzar, haciendo acometimientos. Los mexicanos

lo estorbaban y con la mayor fuerza que podían se lo impedían, pero viendo que el ímpetu del enemigo era soberbio y que la cosa iba de veras, comenzaron con coraje los mexicanos a tomar sus armas. Subióse Moquihuix en lo más alto de su templo y comenzó a animar su gente para que les entrasen de golpe a los mexicanos. Pero Axayacatl, que supo la ejecución de la guerra, salió con los suyos al encuentro y comenzaron a herirse unos a otros como mortales enemigos. Ya Xiloman, señor de Culhuacan, había venido con su gente al puesto de Acachinantitlan, donde era el concierto que se pusiese para acometer y hacer luego su retirada, para que Moquihuix con los que tenía en su pueblo los siguiese; pero supo que quebrando el orden había hecho el acometimiento primero, de que quedó corrido y enojado, y con este enojo que cobró no quiso llegarse a la ciudad; antes se retiró con ira y mandó a su gente que cerrase las acequias para que no pasasen canoas al socorro. Súpolo Axayacatl y mandó a sus mexicanos que las abriesen y así se hizo y entraron los de la redonda de la ciudad a ayudarle, como los tenía concertados y prevenidos. Fue la batalla este día muy reñida entre estos dos pueblos; pero no se reconoció ventaja más de la una parte que de la otra; y así se dividieron y apartaron, porque los dividió y apartó la noche. Los de los barrios contiguos de Tlatelulco, que eran mexicanos, viendo que no habían tenido suerte ninguna buena aquel día contra sus enemigos quemaron sus casas y las desampararon; pero al despartirse cogieron los tlatelulcas veinte mexicanos, los cuales aquella noche sacrificaron al demonio. Esta noche es de creer que la pasarían los dos reyes cuidadosamente, previniendo cada cual las cosas necesarias para el día siguiente. El cual venido, cada uno de los dos se pusieron en sus lugares para animarlos y esforzarlos a la batalla; y prevenido todo y hecha la señal comenzaron los tlatelulcas su combate y los mexicanos a defenderse, lo cual duró por un rato; pero como el tlatelulca tenía menos gente, por habérsele ido el de Culhuacan y otros muchos pueblos aliados con él, y al mexicano le hubiese entrado mucho socorro, comenzaron a venir sobre sus enemigos con tanto ímpetu, que ya no sólo trataban de defender sus casas sino también entrárseles a los contrarios por las suyas. Duró algunas horas el ímpetu de la batalla; pero al encumbrarse el sol por el cielo comenzó a reconocer la gente de Mexico que hacían ventaja a los de Tlatelulco y con esto fue grande el esfuerzo que cobraron. Axayacatl, que no ignoraba la ventaja de los suyos y conoció la ruina y flaqueza de los contrarios, envió gentes por las calzadas que entran en esta parte de Tlatelulco y tomóles los caminos. Puso a un valeroso capitán, llamado Atzacualco en la punta de la albarrada con gente. La calzada de Guadalupe dio a Cahualtzin y estotra parte de Quepupan encomendó a otros valerosos capitanes y los de más cuenta fueron Ahuitzol y Tizoc, sus hermanos, que después fueron reyes y a otros llamados Tlilpotoncatzin, Xippilli, Totomotzin, Tzontemoctzin, Tenamatzin y otros muchos, tan nobles en sangre como valerosos en sus personas; y esto hizo porque como por aquella parte eran vecinos pudieran entrárseles por ella los enemigos y ganarles la ciudad. Comenzaron con este nuevo orden a acometerse los unos a los otros, con mucho y más

nuevo ánimo; pero como los tlatelulcas estaban cercados y acudían a todas partes, a ninguna era con fuerza por tenerla dividida y apartada.

No bastaban las voces de Moquihuix a dar ánimo a sus soldados, antes parece que con ellas se desanimaban para pelear y cobraban ánimo para indignarse contra él por haberles hecho tomar armas contra los mexicanos, con los cuales tenían amistad y estaban contentos, y viéndose tan apretados comenzaron todos a desmayar y otros a huir, y los que no podían por tierra se metieron por el agua entre los tulares y cañizos, por defender en ellos las vidas. Llegaron de tropel los mexicanos con otros pueblos de la laguna que los socorrieron, y acometieron a la gente que estaba al derredor de el templo guardando la persona de su rey, y dando sobre ellos los desbarataron. Muchos de los propios tlatelulcas que se veían morir y acabar sin remedio y oían las voces de Moquihuix que los animaba, le decían: bujarrón, afeminado, baja acá y toma las armas, que no es de hombres estar mirando en la guerra a los que pelean, y si no nosotros subiremos allá a derribarte del templo por habernos metido en guerra que jamás quisimos; fueron subiendo mexicanos a lo alto del templo y uno de ellos llamado Quetzalhua, se llegó a él (que estaba peleando y defendiéndose valerosamente) y lo arrojó de las gradas abajo, por donde vino rodando y llegó al suelo casi muerto. De allí lo llevaron a la presencia de el rey mexicano, el cual él mismo le abrió el pecho y le sacó el corazón en el barrio de Copolco, que está vecino de Tlatelulco, aunque cuando llegó a sus manos iba ya muerto del golpe grande que dio cuando cayó del templo. Entraron en esta sazón los pueblos de Xuchimilco, Cuitlahuac, Mizquic, Mexicatzinco y Huitzilopuchco, a ver lo que pasaba; pero ya era muerto el rey y cuasi acabada la batalla y los tlatelulcas puestos en huida; y así se volvieron a sus casas, sin ayudar a los unos ni los otros. Quedaron vencidos los tlatelulcas y muertos en la batalla cuatrocientos y sesenta, entre los cuales murieron muchos capitanes de valor y esfuerzo y también de los mexicanos otros; aunque con haber alcanzado victoria no sintieron la pérdida de su gente. Esta guerra pasó así, y por las causas dichas, y no porque se le habían rebelado los tlatelulcas al mexicano, como dice Acosta; pues por lo dicho en esta larga historia dejamos probado tener rey los unos como lo tenían los otros y ser repúblicas de por sí cada una, ni tampoco prendió al rey Tlatelulcate el mexicano, sino que ya muerto le sacó el corazón, como ya dejamos dicho.

Aquí dicen algunos, que los que se metieron en las aguas de la laguna se pusieron en traje de unos pájaros que llaman yacacim, y que después de rendida la gente y apoderándose los mexicanos de los tlatelulcas los sacaron del agua, y por escarnecer y burlar de ellos les hacían graznar como aquellos pájaros yacacimes, cuya figura ellos tomaron; y de aquí nació llamarles de presente yacacimes (de que se corren grandemente y aun dicen palabras muy pesadas en retorno porque nace el nombre de un tan afrentoso caso). Aquí feneció el reinado de Tlatelulco y nunca más tuvo rey y fue después gobernado por gobernadores nombrados por los reyes mexicanos, aunque siempre eran de los del mismo pueblo.

Sosegada la gente y entregada por tributaria de Axayacatl, hicieron justicia pública en el mercado de el dicho barrio de Tlatelulco de Ehecatzitzimitl y Poyahuitl por haber sido sospechosos en la sedición y alboroto de esta guerra, y fueron muertos con ellos otros muchos de muy grande valor y esfuerzo. A poco tiempo después mataron a Xiloman, señor de Culhuacan, que se había aliado con el tlatelulca y otros veinte de sus capitanes. También murieron de los gobernadores de Cuitlahuac, Cihuanenemitl y Tlatolatl, y otro día adelante mataron a Quauhyacatl de Huitzilopochco; y con estas muertes y guerra quedó por entonces pacífica esta ciudad y los tlatelulcas reconocían por señor a Axayacatl, el cual vengó bien sus afrentas y la de su hermana, mujer que había sido de Moquihuix, cuyo nombre entre los tlatelulcas hasta hoy día es como el de Tarquino en Roma, que no le nombran ni le cuentan entre sus reyes y con razón, pues fue tan ruin y malo y que tanta afrenta les causó a estas gentes, que vivían contentos y honrados con el gobierno del rey como lo tenían los mexicanos.

CAPÍTULO LIX. *De cómo el rey Nezahualpilli de Tetzcuco hizo palacios en que vivir y el de Mexico Axayacatl prosigue los hechos y guerras comenzadas, con ayuda de los dos reyes tepaneco y tetzcucano; y se dice la muerte de el señor de Xuchimilco y la causa de ella y de la de este dicho rey Axayacatl*

NEZAHUALPILLI QUEDÓ NIÑO DE POCA EDAD cuando murió su padre Nezahualcoyotl, y por esta causa no se dicen cosas que hubiese en su reinado en estos primeros años que lo tuvo, aunque se afirma que muchos de sus hermanos, sentidos de verle rey y no ellos asimismo reyes, anduvieron buscando orden y traza para darle la muerte; y esto trataban en secreto con los de la provincia de Chalco, por ser fáciles para cualquier traición; y aunque le ordenaron muchas, jamás consiguieron su mal intento. Y luego que se vido rey, trató con los de su reino de hacer casa en que viviese, a imitación de su padre, que cuando entró en el reino las hizo de mucha y muy grande majestad para su morada; comenzáronse muy apriesa y acabáronse con mucha brevedad donde se pasó. A cuya estrena hizo muy grandes fiestas, en las cuales le dejamos por volver a las cosas del reinado de Axayacatl, el cual debía de tener alguna mala voluntad a Xihuitlemoc, señor de la ciudad de Xuchimilco (por ventura, porque no vino a tiempo de poderle ayudar en la guerra que tuvo contra los tlatelulcas) y con ella andaba buscando traza cómo matarle y ordenóle la muerte de esta manera: habiendo venido este señor a esta corte mexicana díjole el rey que jugasen a la pelota (porque fue este juego muy usado entre estos indios), lo cual Xihuitlemoc rehusó todo lo posible, porque concibió algún daño que de él le podía resultar; porque era grande jugador y si ganaba dejaba afrentado al rey y si se hacía perdidizo se podía presumir que lo ultrajaba